

**Perdiendo
Pie**

Perdiendo Pie

M.M. Vallés

Primera edición, 2016

© María del Monte Vallés, 2016

© Triskel Ediciones, 2016

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-945341-5-7



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

triskelediciones@triskelediciones.es

www.triskelediciones.es

Diseño cubierta: Triskel Ediciones S.C.

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Cuántas cosas nos perdimos, piensa Ruven. Cuántas no vimos y no dijimos. Y las que no deberíamos haber dicho.

Los tres violines de Ruven Preuk. Svenja Leiber.

A mi hermana del alma,
por el esfuerzo que gastas y el cariño que me dedicas.

Hoy hace veinticinco años que llegaste a mi lado,
trescientos meses,
nueve mil ciento veinticinco días.
Y me has alegrado cada uno de ellos.

Felicidades.

1

La ingenuidad mató a Esther Revuelta, fue la única responsable de su muerte. Aún perseguía a su hermana en el patio del colegio cuando ya a esta se le había olvidado jugar; confiaba en la protección de sus padres hacía mucho tiempo agotada y en la bondad de la gente, desaparecida con los primeros cristianos; soñaba con un príncipe azul que no pasó de ser gris claro y, sobre todo, creía en las hadas cuando todos sabemos que jamás existieron. Fue una niña que nunca creció y tampoco supo cómo hacerlo, pero a esta conclusión llegué meses después de conocerla, tras mi terrible descenso a los infiernos y mucho tiempo después de que la vecina del cuarto be del número siete de la calle del Pez llamara a urgencias.

Hay una imagen de ella que guardo grabada a fuego en mi memoria, a pesar de haber visto después decenas de fotografías de cuando todavía seguía con vida y saber bastante más de sus secretos, proyectos e intimidades que muchos de sus más allegados. Está tumbada boca arriba con sus ojos, sorprendentemente verdes, muy abiertos y fijos en el cielo raso de la habitación.

Por el ventanuco chato de la habitación se colaba, además del cielo blancuzco de la luz de las farolas reverberando en la niebla de aquella noche, el bullicio de una ciudad en vísperas del fin de semana. Era viernes y me pareció que la joven miraba en esa

dirección con la intención aún curiosa en lo que ocurría fuera del reducto de su piso, de la sala donde yacía, de las cuatro paredes de entre las cuales ya no escaparía jamás. Nada más descubrir la belleza de aquella muchacha, mi corazón se detuvo en un suspiro, el rostro de alabastro me recordaba a alguien cercano y amado, probablemente a las estatuas de mármol, símbolos de la perfección, que decoraban los libros de historia de mi padre y que a él le servían como protagonistas de hermosos cuentos de princesas y damas en apuros. La expresión que modelaba aquellas facciones era de auténtica sorpresa: la boca pequeña dibujando una *o* minúscula entre unas mejillas demasiado pálidas, los labios delicados de muñeca antigua, entre los que se podían adivinar unos pequeños dientes blancos, casi infantiles, y aquellos ojos verdes como el mar profundo esperando una respuesta que no llegaba.

Si la habitación no hubiese estado tan llena de gente, o al menos se hubiese guardado el absoluto silencio que todo difunto merece y que a veces los investigadores parecen olvidar, revolviendo objetos hasta ese momento muy preciados, desplazándose con desdén por las piezas de la vivienda, violando la privacidad de un hogar... si se hubiese parado todo movimiento y acallado el susurro de las conversaciones unos segundos, podría habernos llegado esa última exclamación que escapó de los labios de Esther Revuelta y que aún debía restallar en un eco infinito entre las paredes del que fue su hogar.

Y es que ella, en medio de toda la agitación que saturaba su sala, continuaba asombrándose de lo ocurrido, como si no fuera capaz de averiguar, en las conversaciones quedas que circulaban por la habitación, qué hacía toda esa gente allí, ni alcanzaba a comprender por qué no podía mover la pierna derecha y levantarse, por qué no

respiraba ni era capaz de hablar, ni humedecerse los labios que se le habían quedado secos. Por qué estaba muerta.

Aquella noche los hechos ocurrieron aproximadamente en el siguiente orden. Alrededor de las diez, la vecina de enfrente, al volver de tirar la basura, encontró la puerta de su vecina entreabierta. Este hecho no le extrañó demasiado, pues parecía que la muchacha era algo descuidada con la seguridad de su hogar y, según palabras un tanto malintencionadas de la testigo, con su propia vida. No era la primera vez que se dejaba las llaves puestas o comentaba que había perdido el bonobús o la cartera. La vecina, enfundada hasta los pies en una jugosa bata roja, no parecía mala persona, aunque podía verse a leguas que se aburría: el orondo bebé que sostenía en sus brazos parecía tenerla presa en su casa más tiempo del que la mujer podía soportar, y entretenía su aburrimiento con las idas y venidas del vecindario; se convirtió en una inagotable fuente de información. Le alertaron las pisadas rojizas de gato impresas en las losas del rellano y que provenían del interior, se asomó al umbral, llamó, empujó un poco más la hoja y la vio, gritó y se agarró al pomo de la puerta para no desmayarse —declaró más tarde con seguridad teatral al agente—, después se dirigió rápidamente a su casa a llamar a la policía o a quien quiera que tuviese que venir porque no se atrevió a entrar, ni se le ocurrió comprobar si seguía con vida o no: yo estaba muy afectada, aseguró.

Los primeros en llegar fueron dos miembros de la policía local, un chico y una chica tan jóvenes que él todavía lucía un estrepitoso acné en la frente; ellos sí comprobaron que aquel corazón había dejado de latir y permanecieron a la espera del resto de funcionarios que debía cubrir el atestado. Se les notaba nerviosos, probablemente sentían la

carga de la responsabilidad de realizar con pulcritud sus primeras actuaciones, de llevar a la práctica todo lo aprendido, de cumplir con los manuales, sobre todo de no equivocarse; sin embargo, los movimientos acartonados y el ligero temblor que cantaba en sus voces apuntaban que aquel era el primer cadáver que tenían ante sí.

Veinte minutos más tarde, la policía científica y el grupo de homicidios desembarcaron con una sincronización inusitada y bastante molesta por la incomodidad que, para tanta gente, ofrecía la estrechez de la vivienda. Procuraron realizar sus labores sin estorbarse unos a otros, manteniéndose al margen en el descansillo de la escalera cuando la tarea no era necesaria en el interior, como llamar por teléfono o anotar los datos, aunque el rellano también se encontraba saturado de vecinos curiosos. Se respetaron los turnos pertinentes con el ambiente de camaradería que proporcionan años de trabajo en equipo.

Primero, la policía científica. La complejidad de los movimientos obligó al inspector Nadal a despedir a los locales que ya no tenían nada que hacer allí pero, como todos los presentes, los jóvenes se encontraban bajo el embrujo de los ojos verdes que continuaban observándonos a todos y a la nada desde el suelo. Se vio obligado a empujarles con firmeza, mientras elogiaba la eficacia de su actuación y les aseguraba que habían seguido correctamente el protocolo; no fue hasta que colocó su corpachón interrumpiendo la línea de visión que los mantenía conectados a la yacente, cuando parecieron despertar de su ensoñación y se retiraron. Una vez despejado un poco el campo, la científica, habitualmente formada por dos personas pero que aquel día eran tres, realizó las fotografías necesarias y recogió las muestras pertinentes. A pesar de que, en opinión de todos, parecía un accidente, la juventud de la fallecida y la puerta abierta del domicilio aportaban dudas razonables como

para acometer una investigación en toda regla, hechos más extraños se habían dado en otras ocasiones y el inspector no corría riesgos.

La científica fue sustituida por el grupo de homicidios, encabezado por el inspector Marañón, casi a punto de jubilarse pero con una reconocida intuición que era la envidia del cuerpo, y su inseparable imitador Márquez, un extremeño recio y serio que llevaba replicado hasta el peinado de su jefe. El grupo científico ocupó entonces un puesto entre los vecinos o en el pequeño tumulto que ya se había congregado en la calle y Homicidios se encargó del registro de cajones y puertas; examinaron los escasos muebles, rebuscaron bajo la cama y el sofá y los restos del cubo de la basura además de interrogar uno por uno a todos los habitantes del edificio, incluida la vecina que, una vez repuesta del *shock* que le provocó un inicial discurso lacónico, se desbordó en explicaciones solicitadas o no, íntimas o públicas, en una elocuencia interesante para el resto de los convecinos.

Todo resultaba un poco abrumador aquella noche aciaga, desde la muchedumbre de testigos y policías en el edificio, hasta el calor sofocante y el olor a humanidad de los cuerpos enfundados en abrigo y gabardinas, la humedad desprendida por el calzado mojado y el rumor fluctuante de voces quedas que subían un poco de volumen para hacerse oír y que callaban súbitamente cuando, impresionados, se topaban de repente o casi pisaban, en la estrechura del espacio, a la princesa y su aureola de tiza blanca. Se forzaba la mirada hacia otro lado experimentando emociones diversas: disgustados porque la injusta Muerte hubiese elegido un ser tan joven y hermoso; avergonzados de continuar vivos y, a la vez, aliviados de que semejante espectáculo de luces y sonidos no fuera en honor de uno mismo. Pero sobre todo, y como siempre, incómodos, deseando que toda aquella parafernalia diera fin cuanto

antes para permitir que la muchacha descansase su muerte con dignidad y ahorrarle la penosa exposición ante decenas de ojos y centenares de comentarios, como si no fuese suficiente dejar este mundo para no poder hacerlo con un poco de nobleza.

Desde la calle se podía observar que el edificio de cuatro plantas formaba parte del caos de esa parte de la ciudad, la altura irregular de los bloques provocaba un efecto extraño, como una boca desdentada mordiendo un cielo más gris aún que el de las fachadas, donde la humedad y la contaminación brotaban entre sus desconchones. El barrio era populoso por la densidad de viviendas y porque los antiguos propietarios, probablemente emigrados a barrios más luminosos, habían dividido las ya exiguas viviendas y hacían su agosto realquilando hasta el infinito pisos y habitaciones.

A decir de la vecina, la protagonista, la que inició esta historia, aquella cuarta planta era la de los áticos, pero en realidad no eran más que la burda ampliación con cuatro ladrillos y media docena de ventanas reutilizadas de los antiguos lavaderos. Aquel “ático” en concreto constaba de una sala, una cocina diminuta, dormitorio y aseo con ducha, no más de treinta metros cuadrados. Eso sí, debía disfrutar de mucha luz gracias a las tres o cuatro ventanas que florecían donde menos se podía esperar, lo cual sería de agradecer en esa zona de calles oscuras, pues el sol apenas llegaba por la cercanía y altura de unos edificios manchados de años, de excrementos de palomas, de lúgubres portales sin ascensor y apestosos patios invadidos de cachivaches, basuras y gatos.

Bajo una de esas ventanas se encontraba tendida E.R, con un pequeño banquito de plástico volcado a sus pies descalzos, una pierna estirada y la otra doblada en un ángulo que habría resultado de un dolor insoportable si su cerebro hubiese podido recibir aquella información. Nada de lo que había a su alrededor parecía indicar qué

estaba haciendo antes de terminar allí tirada en medio de la habitación. Vestía un camisón azul claro con florecillas blancas y su abundante melena oscura la coronaba como a una virgen de pueblo, resaltando la palidez de su piel y la delgadez de su cuerpo. Tan sólo cuando la fascinación por la belleza de la joven lo permitía, se podía prestar atención a los detalles, y entonces la mirada se detenía en la sustancia rojiza que se derramaba bajo la espesura de su cabello.

A pesar del tiempo transcurrido, guardo en mi cabeza cientos de pormenores de ese día. Por ejemplo, el frío glacial que se colaba inflexible a través de los tejidos y la piel hasta los huesos; aquel otoño había entrado muy suave, como suele ocurrir siempre en esta ciudad, pero la temperatura cayó de pronto un día, como también solía ocurrir, y la humedad subió del río y ambas nos pillaron desprevenidos cuando aún vestíamos ropas de entretiempo claramente incapaces de frenar la rapacidad del anticipo del invierno. Podría describir con más precisión aún la escena que se presencié esa noche, con un detalle que les sorprendería, desde los dos lunares junto a la ceja izquierda del rostro congelado, hasta las cortinas rayadas y descoloridas de la ducha; desde la sensación acogedora del apartamento, que sólo la vitalidad de la juventud es capaz de transmitir, hasta la certeza de una austeridad rayana en la penuria que se adivinaba en el contenido del frigorífico o la estantería que, cubierta con un gran pañuelo, hacía las veces de ropero. Sin olvidar la profunda tristeza con la que era capaz de herir aquella incredulidad esbozada en la expresión de la joven, que aún no podía creerse que ese día la Muerte la hubiera sorprendido precisamente a ella.

Y puedo contarlo tan minuciosamente porque, además de haber sido siempre buen observador por naturaleza y experimentar una auténtica conmoción con la visión de aquella escultura yacente, yo realicé las fotografías que documentaron el caso de E.R. aquel neblinoso dos de noviembre.

2

Me llamo Santiago Carvajal y hace veinticinco años que pertenezco a la Policía Nacional. Soy policía porque siempre quise serlo, a la manera que lo desean los niños aunque a mí me duró toda la vida, y a pesar de la oposición de mi madre que soñaba que, tras estudiar derecho, me prepararía las oposiciones de ingreso en el cuerpo diplomático y ella me acompañaría a lo largo y ancho del mundo civilizado ejerciendo como una especie de ama de llaves cualificada, cuidando de mi persona, dirigiendo el servicio doméstico y organizando recepciones, cenas, y veladas a los cónsules, embajadores y sus cónyuges.

El primer destino fue este, el de la ciudad donde vivo y que ya considero más mía que la capital donde nací. Y aquí me quedé, acabando con las fantasías de mi madre que, silenciosamente decepcionada, desistió incluso de acompañarme siquiera por el país. Primero me enamoró la ciudad, la calidez de su temperatura y la luz de sus calles; después, y definitivamente, me enamoró mi mujer, esa chiquilla de oscuros ojos risueños donde un día me asomé y ya no supe mirar para otro lado.

Terminé en la policía científica, la paciencia y la meticulosidad que se necesitan para llevar a cabo las labores de investigación casan a la perfección con mi carácter y, desde hace veinticinco años, formo parte de la unidad, los últimos a las órdenes del inspector Nadal. Con la crisis de los cuarenta, los ideales que abanderaron mi

vocación se encontraban un poco desdibujados, ya no me sentía el héroe capacitado para enderezar una sociedad retorcida que a veces desprendía un tufo apestoso y me herían las atrocidades que de tanto en tanto escupía, así que me especialicé en la fotografía: la inmundicia, vista a través de la lente de una cámara, ni es tan sucia ni huele tan mal.

Cuando abandoné el portal del número siete de la calle del Pez, esperando la llegada del forense, y atravesé el nutrido grupo de curiosos y desocupados que se apelotonaban tras la cinta amarilla, el día estaba tocando a su fin, la niebla persistía y el humillo del extractor de un bar cercano pendía sobre mi cabeza sin decidirse a esfumarse en las alturas, a morir a ras del suelo entre las ruedas de los automóviles o ahogarse en los dos dedos de agua lodosa de los charcos. Las calles cercanas debían hervir de animación a tenor del rumor de voces y risas y del eco musical arrojado por los maleteros de los coches, pero eso ocurría varias calles más allá, en la del Pez había poco movimiento aparte del engendrado por nosotros mismos, nuestros coches, nuestras luces y el cerco de vecinos interesados por cualquier nueva noticia que poder comentar en la cola del pan. Tras haber abandonado la agitación del apartamento, me pareció que la calle se acallaba respetuosa como muestra de consideración a su vecina recién fallecida; pronto me daría cuenta de que no era aquella una zona demasiado transitada.

Por mi parte, el frío con el que me recibió la noche, el estómago vacío y la boca seca y amarga, la certidumbre de un día, un viernes, que se acababa y de otro nuevo fin de semana que comenzaba sin proyecto alguno, me golpearon los sentidos con tal virulencia que casi me hicieron llorar. Tenía varias razones para sentirme

desgraciado y, sin embargo, me resultaba injusto quejarme tras la escena presenciada allí arriba. Yo estaba vivo, y conocía al menos una persona que hubiera dado cualquier cosa por un día más, quizá hasta por unas pocas horas, las suficientes para divertirse con sus amigos o acudir a la cita con su novio, saludar a aquel viejo desdentado que me miraba fijamente agarrado al precinto policial como si temiera caerse, y que parecía vivir en el portal, o al menos recibir el frío en el rostro y el tufillo a fritura que inundaba la calle, cualquiera de esos instantes robados a la muerte le hubiesen parecido preciosos. Me obligué a frenar la carrera de mis pensamientos porque esta vez sí que percibí la humedad saltando de mis ojos —siempre he sido de lágrima fácil, desde pequeño, cuando simulaba un resfriado para poder sorber los mocos sin avergonzarme—, de un momento a otro aparecería la ambulancia para terminar aquel asunto y no tenía intención de que mis compañeros presenciaran mi debilidad.

Lo cierto es que me sentía especialmente deprimido, hacía tiempo que un caso no me afectaba tanto. Pudo ser el efecto de la hora tardía, de que esperábamos a la comisión judicial sin que ninguno de nosotros hubiese cenado, o fruto de esa especie de fascinación que nos impedía marcharnos a casa, no ya por cumplir el protocolo de esperar al juez y al forense, sino por no dejarla allí sola en mitad de su sala, con el verde de sus ojos decolorándose y su piel blanca perdiendo el brillo y la humedad; nos mantenía atados como fieles perrillos en un radio de cincuenta metros. Nos permitíamos algún que otro cigarrillo y un par de cañas en el bar de la esquina donde charlábamos estremecidos y pateando con los pies en el suelo en un intento por sacudirnos el frío del cuerpo. Yo había dejado de fumar hacía muy poco y tomar una caña en compañía me resultaba imposible sin un cigarrillo entre los dedos, así que ahogué mi

hambre y mi frustración con un par de cafés negros que comenzaron a taladrarme el estómago a las pocas horas, antes de subir de nuevo.

Cuando por fin el forense examinó el cuerpo y la juez dio orden de efectuarse el levantamiento, faltaban apenas quince minutos para las doce de la noche, y decidimos enviar a los vecinos al interior de sus hogares para facilitar de algún modo el trabajo de los sanitarios. Yo había coincidido con el joven forense un par de veces y siempre me había gustado cómo trataba a las víctimas: parecía consciente de que sus manos serían casi las últimas que iba a sentir una piel que aún retenía algo de calor, y manipulaba el cuerpo con cuidado, casi con ternura; me quedé, como siempre que lo veía trabajar, prendado de la lentitud de sus movimientos cuando la giró con cuidado a un lado y a otro, levantó las telas con unas pinzas buscando detalles que sólo él conocía, o la preparó para el traslado, todo con suavidad exquisita, sobre todo, cuando las yemas de sus dedos obligaron a los párpados a descansar. Todos suspiramos en ese momento igual que estiramos nuestros miembros contraídos cuando, al fin, los chicos de la ambulancia la levantaron del suelo; se la veía más cómoda en la camilla, e incluso me reconfortó la gruesa bolsa bien cerrada que, a buen seguro, la protegería del ambiente gélido de la noche.

Tal vez contribuyeron a mi profunda pena las últimas fotos que tomé ya a solas en una vivienda que parecía presentir la marcha definitiva de su ocupante, aquellas habitaciones aún más pequeñas al quedar vacías de todo aliento humano. O la incómoda sensación de que aquella muchacha que se alejaba por la calle escoltada por toda una orquesta de luces, no me era del todo desconocida: creía haberme embelesado antes con el mar de sus ojos, con el contraste de su piel y la negrura de su cabello. Aunque lo más probable era que la plenitud de su juventud me transportara a otra época, una en

la que todo era luminoso y esperanzador, en el que cada día nacía expectante y con música propia, en la que yo me extasiaba mirando el rostro de mi mujer: bello, joven, vital.

Y había otro motivo que acrecentaba mi desconsuelo, uno que me había empeñado en desterrar infructuosamente de mis pensamientos durante toda la jornada: el día en que murió Esther Revuelta yo cumplía cincuenta años, hacía cinco meses que me había abandonado mi mujer y cinco semanas que había dejado de fumar. Me sentía viejo, solo y vacío, en este orden.

En los meses precedentes a la fecha, no había sabido qué hacer con mi tiempo, que se había alongado hasta extremos insoportables; los días parecían no acabar nunca y las noches resultaban torturadoras. Sin mi mujer esperándome, ni un hogar donde refugiarme, el momento de volver a casa resultaba terrorífico. Cuando aquella noche todo hubo terminado, no dudé en escudriñar a un lado y otro de la calle por si algún compañero se había quedado rezagado o habían acordado compartir la última cerveza del día, pero todos se habían escapado hacia el calor de sus hogares, a permitir que el griterío de los críos llenara el silencio que se había adueñado de nuestros oídos después de toda una jornada viciada de susurros. Clavado y perdido en la acera, consulté la pantallita de mi móvil para comprobar cómo mi madre, mi hermana y Pedro Pérez habían intentado felicitarme sin éxito varias veces. Con las primeras no tenía intención de ponerme en contacto, gracias a Dios vivían bastante lejos y eso me salvó de una de esas manidas fiestas sorpresas que se han puesto tan de moda y que a mí me parecen tan deprimentes, esas donde resulta patético observar el esfuerzo del homenajeadado en simular el asombro que se le espera. Tampoco

devolví la llamada a mi querido amigo Pedro, me resultaba del todo insoportable.

Mi mujer no se había molestado en felicitarme, ni llamada ni mensaje: desprecio absoluto. En esos días el resentimiento por su marcha me mantenía en un estado de ira contenida que me iba corroyendo las vísceras. Me había abandonado sin una palabra y sin una razón de peso y, sobre todo, sin otorgarme el derecho a réplica, así que el hecho de no recibir unas líneas, aunque fuera por la costumbre reiterada durante veinte años consecutivos, me enfureció aún más, y la mínima intención que pudiera albergar en esos momentos de devolver alguna de las llamadas se esfumó a la vez que la luz de mi teléfono al apagarlo.

Decidí probar con otro bar un poco más alejado del número siete por si algún despistado se había quedado por allí, tal vez los chicos de la local continuaban infundiéndose ánimos mutuamente y me vendría bien mezclarme con gente joven, pero tampoco había nadie y terminé soltando cinco euros al pordiosero del portal, ese que parecía rondarme con ojos acuosos, uno de ellos casi blanco, con la esperanza de que al menos alguien se tomara unos vinos a mi salud.

No me quedaba otra que marcharme a casa y me dirigí hacia el coche. Al arrebujarme en la gabardina me di cuenta de que el cinturón era verde y estrecho, con una elegante hebilla dorada, en cambio mi gabardina era gris, había cogido uno del armario de mi mujer y me había paseado todo el día de esa guisa. Lo identifiqué como perteneciente a un abrigo regalado en uno de nuestros aniversarios, ya tenía unos años pero ese color le sentaba de maravilla, el paño era de buena calidad y ella se sentía atractiva enfundada en esa prenda, yo estaba absolutamente de acuerdo.

Mi coche estaba aparcado en un solar cercano y hacia allí caminé un poco abochornado por mi indumentaria y bastante mareado, he

olvidado decir que cada uno de los cafés había sido aderezado con un generoso chorrito de coñac. Fijé la vista en cómo arrastraba los pies, sin prisas, más bien con desgano, examinando la piel cuarteada de los mocasines que hacía mucho no se habían lustrado y que nadie me advirtió que debía tirar, como la camisa que me había puesto por la mañana, limpia aunque sin planchar, y que debía jubilar si no conseguía eliminar la mancha de tinta del bolsillo. Mi mujer los habría quitado de en medio, los unos y la otra, y habría localizado el cinturón de mi gabardina. Y encontré cierta semejanza con la joven que acababa de fotografiar: ambos caminábamos envueltos en un manto de orfandad. Había reparado en la absoluta falta de llamadas telefónicas durante las horas que pasamos en aquella mínima vivienda, su teléfono móvil no sonó ni una sola vez en la mesita donde reposaba cargándose a perpetuidad, y nadie acudió a interesarse por ella aparte de los vecinos apretujados en el descansillo. Había visto a Marañón trasteando con sus manazas la agenda del móvil y con una libretita que encontramos colgada de un clavo en la cocina, pero supongo que las llamadas resultaron infructuosas puesto que ningún familiar apareció por allí.

Algo insólito ocurría con aquella muchacha. Una chica de veintipocos años no se queda un viernes por la noche sola en su casa; una joven de su edad está pegada a su móvil recibiendo y contestando decenas de mensajes; no se pone un camisón, está arreglada o arreglándose para salir con sus amigos o su novio, a no ser que esté enferma o haya tenido una mala jornada o haya reñido con su chico. A esa hora, alguien de su edad, debía estar probándose vaqueros y pintándose ante el espejo bajo la música atronadora de la radio, preparándose a conciencia para otra noche memorable que iba a gastar riendo y bailando, emborrachándose y burlándose del mundo, despertándose entre las sábanas sudorosas con un

desconocido y quizá tomando café negro para poder espabilarse y llegar a tiempo al trabajo. Qué fatalidad entonces, morir precisamente ese día y marcharse con la amargura de dejar este mundo sin celebrarlo. Demasiado triste.

La necesidad de nicotina me mordió entonces con lujuria, tanteé mis bolsillos en busca de un pitillo, sentado ya en el coche rebusqué la guantera, las puertas, el suelo; golpeé con rabia el volante hasta que el pitido del claxon levantó la protesta airada de algunos viandantes. Estaba furioso, muy furioso, por la muchacha, por mí: nos habían abandonado, a los dos nos habían traicionado.

3

Eva Revuelta era exacta y radicalmente opuesta a su hermana, un inquietante ejemplo de cómo la misma fisonomía, el mismo color de piel y tipo de cabello, a pesar de que esta lo llevaba muy corto y con un toque algo masculino, pudieran ofrecer resultados tan opuestos. Todo lo que en el rostro de Esther, observándonos desde el suelo, me había transmitido calma y dulzura, aquí producía cierto rechazo, algo te removía en el asiento al sentirte observado por aquellos enormes ojos mientras sus palabras sonaban como esculpidas por una boca de dientes también pequeños que, en ella, parecían de duende. Sobrecogía, además, porque no hacía ni veinticuatro horas que había presenciado cómo un cuerpo semejante al de la mujer que tenía enfrente, había sido introducido en un saco negro y cerrado con cremallera; y ahora se encontraba animado, sacando el mechero de su bolso y encendiendo un apetitoso cigarrillo.

No me sorprendió que la joven aceptara un café a la salida de nuestra visita a la calle del Pez, como tampoco lo hizo que, minutos antes, deslizara a hurtadillas en su bolso el diario de su hermana. Parecía una mujer muy segura de sí misma, de esas que, a pesar de su juventud, saben muy bien lo que quieren y no dudan en cada paso que dan. Es cierto que percibí un ligero temblor en la mano que sostenía el diario, un pequeñísimo instante de duda que no impidió que terminara arrojado al fondo de su bolso. Ya había

visto el cuaderno rosa entre el montoncillo de libros baratos de su mesita de noche, lucía la palabra diario estampada en su portada con letras en oro, igual que era dorado el borde de sus páginas, un diseño un poco infantil, algo relamido. Durante la inspección del grupo de homicidios yo había permanecido en el umbral de la puerta del piso, y desde allí recordaba haber visto al inspector hojeándolo, sentado sobre la cama mientras leía alguna de sus páginas, como una exquisita miniatura en sus manos de labrador. Siempre he admirado en Marañón su indiscutible olfato de sabueso, pero si él no lo requisó como prueba y en cambio su hermana puso tanto empeño en ocultarlo, es que el hombre había comenzado a perder sus facultades especulativas y era cierto que su período intelectual prescribía.

La mañana siguiente al suceso, Eva Revuelta apareció en la comisaría y muchos suspiramos aliviados porque alguien, al fin, se hubiese interesado en la joven de la calle del Pez. Hacía tiempo que debía cambiar la batería del teléfono, se le oyó decir, se le agotaba muy pronto, llegó a casa ya entrada la noche desde su academia, puso el aparato a cargar y se quedó dormida, no fue hasta que de nuevo sonó la alarma cuando vio las llamadas perdidas, entre ellas una de su hermana, y escuchó el mensaje de voz del inspector; se la veía muy afectada con los hermosos ojos enrojecidos y acuosos, la nariz irritada y gurruchos de pañuelo en la mano, en el bolsillo, en la cartera. Tras la entrevista con el inspector y el reconocimiento del cuerpo, solicitó visitar el piso de su hermana y salté como un resorte para acompañarla: la muchacha de la calle del Pez había comenzado a atraerme misteriosamente y no iba a perder la oportunidad de volver a su casa.

Fue un golpe de suerte que hubiese aparecido por la comisaría ese sábado: yo no entraba de guardia hasta la mañana del domingo,

pero la casa se me caía encima. Había momentos en que sentía la acritud en el ambiente, en los objetos que me enfurecían porque no hacían más que repetirme el desprecio de la mujer con la que había pasado media vida, a veces lanzaba esos objetos a la basura o derramaba sus cremas por el lavabo en un arrebato infantil que decía muy poco acerca de mi madurez y mucho de los primeros indicios de mi inestabilidad. Mientras tanto, la oficina se había transformado en un hábitat amable y familiar donde pasaba más horas que en mi propio hogar, un refugio donde poder dar los buenos días siendo esas las primeras palabras que salieran de mi boca, o tomar unos cafés acompañado a lo largo de la mañana. Solía alargar mi jornada, tan sólo tenía que simular algo de trabajo atrasado y poco más. Mis compañeros, ya acostumbrados a encontrarme por allí a cualquier hora del día o día de la semana, me aceptaban con un punto de conmiseración untado en las palmaditas con las que me sacudían la espalda, sobre todo, porque sabíamos, yo el primero, que últimamente mis tareas se habían visto bastante mermadas. Pero allí no hacía mal a nadie, ordenaba y reordenaba ficheros, retocaba las fotografías de los casos, aprendía nuevos programas de tratamiento de imágenes, campo en el que he llegado a convertirme en un virtuoso... y hacía tiempo hasta el mediodía, hora en la que alguien se acercaba al bar a tomar el aperitivo y yo me acoplaba inmediatamente.

Aquel día resultó útil que yo estuviera disponible y me ofreciera voluntario para acompañar a la joven. A diferencia de mí, el jefe sí se encontraba bastante saturado. Y eso es lo que estaba haciendo aquella mañana de sábado, refugiarme en mi mesa, redactando unas notas y vaciando los ficheros de la cámara en el ordenador. Recuerdo vagamente como, al cabo de unas horas, el rostro de la

muchacha comenzó a serme casi familiar, probablemente debido al medio centenar de imágenes que acababa de visualizar.

La entrada a la vivienda le resultó bastante violenta, pude leerlo en el espanto de sus facciones y en la aspiración contenida de su pecho; aún quedaban restos del precinto de la puerta, que yo intenté quitar torpemente, y evidencias del trasiego de la noche anterior que nadie se había tomado la molestia de eliminar. Se esforzó en reponerse y, evitando la silueta que la perseguía desde el suelo, recorrió la sala muy despacio, examinando los escasos muebles, las láminas fijadas con chinchetas en las paredes, intentando reconocer la mano de su hermana en aquel apartamento donde, me pareció, no había estado en mucho tiempo.

En la habitación, junto a los libros de la mesita, cogió la única foto enmarcada de la casa que yo no había visto el día anterior: dos chicas casi como dos gotas de agua sonreían a la cámara. La muchacha me miró claramente emocionada, una lluvia salada barría sus mejillas, y preguntó si podía llevársela, le dije que sí, anotando mentalmente que debía comunicarlo al inspector. Al volverme para dejarla en el dormitorio a solas con su dolor percibí con el rabillo del ojo el movimiento de esconder el diario. Muy poco después llegó a la sala donde había decidido esperarla para dejarle su espacio respetuoso y necesario, caminaba abrazando la foto y se asomó al ventanuco. En ese momento más que en ningún otro me pareció estar presenciando una resurrección: allí se encontraba ella, sus botas justo donde habían descansado el banquito y los pies desnudos de la otra. Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza, tenía que salir rápidamente de allí, le dije que la esperaba en el bar de la esquina por si le apetecía tomar un café.

Nada más llegar, el camarero, que pareció recordarme de la noche anterior como un profesional de esos que ya no quedan y que conservan una memoria blindada, me sonrió con unos ojillos enterrados en una cara empedrada donde parecían lo único con vida y capacidad de movimiento, y le puso a mi café una generosa dosis de coñac. Media hora más tarde, la joven se reunió conmigo, respiraba con normalidad tras haber expulsado gran parte de su tensión y deduje que pocas veces más la iba a ver llorar en público. Al principio no parecía muy interesada en hablar y sorbía concentrada su café doble, solo y sin azúcar, mientras yo pedí el segundo que necesitaba. En cierto momento alzó la mirada hacia mí, dándose cuenta de mi presencia por primera vez en la última hora, abrió el bolso y encendió el cigarrillo; entonces comenzó a hablar.

Siempre había cuidado de su hermana mayor, se llevaban poco menos de un año y sus roles se invirtieron desde edades muy tempranas. Eva organizaba los juegos, elegía las amigas, supervisaba los deberes escolares, pues estuvieron muchos años en la misma clase, y ordenaba las tareas que, desde muy pequeñas, llevaban a cabo en casa; también daba la cara por ella en caso de problemas y la defendía en el patio del colegio, aunque esto ocurriera muy pocas veces porque todo el mundo la adoraba. Esther siempre necesitó alguien que guiara sus pasos, si no, estaba perdida. Aquellos ojos tristes sonrieron con nostalgia al recordar que, cuando discutían y dejaba de hablarle durante la eternidad infantil de una tarde, Esther podía pasarse en su dormitorio horas, mano sobre mano, mirando a la nada, a dos aguas entre el dolor del abandono de su hermana y el desconcierto de no saber qué hacer, aunque los libros con las tareas escolares yacieran abiertos sobre la mesa. Sus padres nunca ejercieron como tales, y al ser

niñas dóciles y obedientes, se desvincularon más aún de sus relaciones y obligaciones familiares, dedicándose a ellos mismos, más que a su amor a esa simbiosis perfecta en la que se basaba su convivencia, la joven dudaba que alguna vez hubieran sentido como un verdadero matrimonio. Al llegar la adolescencia, cuando la presencia de tutores es aún más necesaria, se encontraban tan alejados de sus hijas que estas resultaban unas perfectas desconocidas que les saludaban educadamente en la cola del baño o al sentarse a la mesa a desayunar. No es de extrañar que volaran pronto de su hogar, aunque cada una con distinta motivación: Eva por auténtica rebeldía y por sus propias ansias de libertad; Esther simplemente seguía los pasos de su hermana.

Eva se trasladó a un piso de estudiantes, comenzó Historia en la Universidad y se mantenía trabajando de cajera por las mañanas en un supermercado; trabajó duro, colaboró con una de las cátedras y, al terminar los estudios, ya era profesora adjunta y socia en una academia preparatoria donde se encargaba del turno nocturno de clases. Adiviné que vivía sola y holgadamente: tenía ante mí a una joven ambiciosa y exitosa. Habló sin parar durante un buen rato y me limité a escucharla, su discurso era conciso y claro, propio del que está acostumbrado a dejarse oír en público, su voz desprendía cierto tono acerado y me pareció el tipo de persona tan exigente con los demás como consigo misma.

La suerte de Esther fue muy diferente, no terminó el bachillerato por lo que no pudo seguir la estela universitaria de su hermana ni accedió a ningún otro tipo de formación. Perdido su modelo de referencia comenzó a dar tumbos por diversos pisos de estudiantes —no entendí ni explicó por qué nunca vivieron juntas— y saltando de un trabajo a otro: en una imprenta, en la limpieza, en un locutorio, bares de copas... cada uno peor remunerado que el

anterior. Le pidió ayuda varias veces y, aseguró, nunca se la había negado. Pero unos dos años atrás, tuvieron un desencuentro —así lo llamó, y no quiso darme más detalles— que enfrió su relación, las llamadas escasearon y se vieron poco más de una docena de veces. También cesaron las peticiones de socorro. Eva se había sentido aliviada al pensar que su hermana al fin había conseguido reconducir su vida y por, esto lo deduje yo, descargarse de la responsabilidad de aquella dependencia.

—Pero ahora, cuando he comprobado el agujero en el que vive —se paró un momento para tragar saliva—, Dios, ahora me doy cuenta de que se había cansado de mendigar, de que se sentía avergonzada. Mis padres nunca se dignaron a ayudarla, ¡cabrones! Supongo que ya lo sabrán ustedes, viven en una residencia, una especie de hotel a las afueras de la ciudad, al parecer es un paraíso de calma, tranquilidad y lujo refinado. Pero no se confunda, no están enfermos ni son ancianos, se vanaglorian explicando a todo el que quiera escucharles que se han forjado el retiro que se merecen. Nunca nos echaron una mano, soy muy orgullosa y jamás lo pedí, ni siquiera cuando monté mi negocio, pero les he sugerido varias veces que le dejen nuestra casa. Con un techo donde vivir, la vida de mi hermana sería mucho más fácil. —Hizo una mueca de desdén—. Dicen que no pueden prescindir de su renta.

Aquí su rostro transmutó de la pena a la rabia que le provocaba hablar de sus padres, y de nuevo a la tristeza al comprobar el error de haberse referido a su hermana como si aún estuviera presente, esperándola para almorzar en su pequeño apartamento, y yo fuera el amigo cercano en el que se descargan las confidencias.

Para romper el momento de tensión la animé a que continuara hablando y me interesé por las amistades de su hermana. Estaba seguro de que el inspector ya le había preguntado al respecto

aunque a ella no pareció importarle repetírmelo, en esa relación atípica de amistad ficticia que comenzaba a forjarse entre nosotros. A su juicio, las relaciones de su hermana habían sido siempre equivocadas: algún jefe de medio pelo que creyó que el contrato firmado lo admitía todo, el trotamundos de la agencia de limpieza que se marchó a recorrer la India cuando juntó cuatro duros y casi se la lleva con él; un señorito que la paseó como una reina y la humilló como a una puta... era única en atraer a los tipos más extraños e inapropiados de la ciudad, noctámbulos, poetas sin techo, sinvergüenzas, borrachos, indigentes... Cuando mencionó que, en una de sus últimas conversaciones telefónicas, se refirió a un desconocido que la perseguía por la calle como un viejo perrillo fiel, un estremecimiento me recorrió de arriba abajo como sólo saben hacerlo los funestos presentimientos.

Me costó unos segundos recomponerme, sacudirme la sensación de un peligro que me acechaba. Conseguí apartarme de aquella negra palpitación al centrarme en algo que rondaba mi cabeza, una duda que había brotado en mi mente la noche anterior durante los minutos en los permanecí solo en el ático para tomar las últimas fotografías, indignado por el sinsentido de una muerte improductiva. La corazonada tomó forma de repente y le pregunté a bocajarro:

—¿Cree usted que alguien tenía alguna razón para matarla?

Literalmente mi jefe me hubiera partido la cara si hubiese estado allí, no era esa mi labor, ni en este caso ni en ningún otro, yo no interrogaba testigos ni realizaba investigaciones, sólo recogía muestras y fotografías en la escena del crimen y las procesaba. En el último año incluso se habían reducido más mis tareas y desde que Alarcón, el chico nuevo, se había incorporado al grupo, me

limitaba a las fotografías. La joven parpadeó sorprendida un instante, sorprendida.

—Bueno, si tiene alguna duda hay docenas de lugares por donde empezar. El locutorio era frecuentado por gente poco recomendable pero hace años que se desvinculó de todo aquello; hay un repartidor del kebab donde trabajaba algo siniestro, con un nombrecillo ridículo que no consigo recordar. Ya le he dicho que tenía muchos admiradores, y después está el cabrón de Pedro Salvatierra, sí, el hijo del famoso cirujano, ese fue el que más la hizo sufrir. No sé qué pasó entre ellos porque ella nunca quiso contármelo, pero la dejó devastada, perdió su trabajo, dejó de comer, enfermó... de eso hará un par de años. Después de aquello tuvimos una fuerte discusión acerca de su dependencia de seres despreciables y nuestra relación se enfrió. —La nube que velaba su voz se disipó casi con alegría al describir su carácter—. Ella es el optimismo materializado, sus risas se reconocen en la distancia y hacen que sonrías aunque haya sido el peor de tus días; su máxima es que siempre hay un lado bueno y siempre una solución, pertenece al ramillete de afortunados que llevan los labios esculpidos en forma de luna. Una ingenua. No sé, muchos podrían hablarle de mi hermana, seguro que maravillas, gente indecente y también gente corriente. Pero créame, no veo nada oscuro en su muerte como usted cree ver, yo sólo encuentro mala fortuna.

De pronto, Eva enmudeció, se levantó y se fue murmurando una despedida mínimamente educada, en una maniobra que iba a ser habitual en nuestra relación, un poco aliviada de descargar su pena y otro poco avergonzada por haberse sincerado con un desconocido.

No me importó, podía sentir su dolor, las hermanas no tuvieron la oportunidad de despedirse, de decirse aquello que se queda en el

fondo de los bolsillos, las palabras que jamás se pronuncian, los gestos que se evaporan con la rutina. No se dijeron, por ejemplo, que aún se amaban, que aunque el tiempo las hubiera separado, seguían siendo un solo corazón.

Quizá fuera mejor así, ambas guardarían el dulce recuerdo de su infancia y de los turbadores años de su adolescencia, y no experimentarían el desengaño de una última llamada donde una de ellas tendría que arrastrar su angustia y su orgullo, mostrando en carne viva toda una existencia convertida en error. La otra no volvería a sufrir el regusto amargo y decepcionante de presenciar cómo la persona más querida suplicaba una ayuda que se había transformado en costumbre, ni el hastío que provoca una persona dependiente, sin solución; y le dolería su desastre y la evidencia de su incapacidad para seguir adelante, de subsistir por sí sola, como si fuera su propio fracaso.

Tras la marcha de Eva, permanecí solo en la mesa, dejándome arrullar por la animación de los parroquianos que comenzaban a acudir aquel mediodía de sábado. El hombre roca me sirvió un par de cervezas y un bocadillo de carne tan gris como el cielo que se asomaba tras la ventana y que no conseguí terminar. Alargué mi tiempo todo lo que pude, asqueado con la sola idea de volver a casa y entretenido con el movimiento festivo que, incluso en aquellas calles destartadas, anunciaba otro día de descanso. La parroquia me aceptó con simpatía, acogiendo al náufrago que debía parecer, indudablemente ayudado por las varias rondas que corrieron a cuenta de mi bolsillo; hasta las seis de la tarde, hora de cierre inmisericorde en la que fui arrojado a una calle ruidosa y sucia, donde parecía que los gases contaminantes y el polvo de la ciudad se concentraban con empeño. Aquel barrio no invitaba a quedarse mucho tiempo.

